

## LECTURA X

---

Organización democrática.—*Emancipación del espíritu americano.*  
—Educación popular.

SEÑORES:

Para organizar la democracia adoptamos la división de los poderes del gobierno; adoptamos el sufragio universal y la representación proporcional como fuente originaria del gobierno y resorte del contrapeso de sus ramas.

Está bien. Pero el gobierno, aunque no sea creación exclusiva de la mayoría debe reflejarla principalmente, y si en nuestro estado social la reflejara, sería bárbaro. Entre tanto, es un producto apócrifo cuando no la refleja. Por eso, nosotros como los autores del *Dogma*, oscilamos entre dos precipicios: ó el imperio del elemento inculto, ó la falsificación del principio de nuestro gobierno; y no salvamos las apariencias y las esperanzas de la civilización, sino en virtud de un privilegio oligárquico abonado por tolerancias consuetudinarias. Mas los equívocos y las disimulaciones pueden eludir los choques,

pero no pueden soportarlos una vez que los mirajes se desvanecen y la realidad descubre todas sus fealdades. Así, debe desaparecer nuestro estado ficticio y de aparato como todo lo falso, y desaparecerá sin duda como desaparece todo lo que es inconsistente. ¿Bajo qué impulso? Bajo el de la civilización si tenemos criterio y coraje; bajo el de la barbarie si somos indolentes. Toda barbarie amedrenta y la argentina tiene tipos y obras abominables. Escoged. El momento es crítico, más crítico que el de 1837, y lo será de más en más con cada sol que brille y se hunda, con cada hora que transcurra, porque la mentira se agrava y sus peligros arrecian á medida que dura.

El *Dogma socialista* planteaba bien la cuestión y la resolvía en términos genéricos. «El » gran pensamiento de la revolución, decía, no » se ha realizado; somos independientes, pero » no somos libres». El fenómeno está reconocido con una modestia intrépida. La undécima palabra simbólica de la Asociación «Mayo» formula la solución del conflicto en estos términos: «Emancipación del espíritu americano»; y al explicarla precisa su sentido. Emancipar el espíritu americano quiere decir, en el lenguaje sentencioso del *Dogma*, «constituir la sociabilidad americana» fomentando en direcciones arregladas á la tendencia política del pueblo «la filosofía, la religión y el arte». De otro modo: adaptar el pueblo al ejercicio de todas las funciones que constituyen y consolidan la libertad:

infiltrarle los sentimientos conservadores del derecho democrático y las aptitudes que lo hacen fecundo para el progreso de la humanidad. Quien dice esto dice educar; y deploro que el *Dogma* no usara esta forma positiva y accesible; pero discernida la idea madre de su generalización nebulosa, concentremos en ella la indagación. Sabéis con cuánto ardor adhiero á tan generoso principio: es mi bandera: es mi única esperanza como argentino y republicano.

Un pueblo si ha de ser libre, necesita ser fuerte, no al modo grosero de las razas bélicas que sólo tiranizan más allá de sus fronteras porque sufren servidumbre en sus hogares, sino fuerte por aquella virilidad que rechaza todo lo que pervierte y humilla: por el pensamiento y el corazón, no por el brazo y la espada. Dejad la libertad conciliada con la barbarie en el cerebro de los visionarios. El gobierno propio supone necesariamente capacidad para reprimirse. En otros términos: libertad supone civilización.

Nada invento: recojo una noción tan obvia que trasluce hasta en los hechos históricos más apartados de las reglas de conducta que sugiere. La teoría del derecho de conquista ha estribado en el concepto de que un pueblo bárbaro no puede ser soberano, por cuanto la soberanía implica aptitud para cooperar á los fines soli-

darios de la humanidad. Excuso discutirla; pero consignando su base compruebo que la alianza de la civilización y de la libertad ha sido un principio político de ascenso universal. Interrogad los partidos conservadores juntamente con sus rivales. Los primeros os dirán que retardan la libertad por la ineptitud de las masas para ejercerla; los segundos, que la exigen porque sólo ella es capaz de disciplinar adecuadamente sus propios agentes. De esta doctrina se han deducido errores y atrocidades: del atraso de las naciones su minoría y su pupilaje; pero la premisa es incommovible, y nos es lícito apoyar en ella nuestra petición de fuerza moral para servir de cimiento á la libertad.

Buscadla, dice el *Dogma*, en la filosofía, en la religión, en el arte.

«El saber, ha dicho Bacon, es una pirámide » cuya base es la experiencia, cuya cima es el » poder creador de Dios». Así subir gradualmen- » te hasta la contemplación de Dios es abarcar la » universalidad de las cosas y de las ideas. Filoso- » fía equivale á ciencia. La síntesis del *Dogma* » es irreprochable».

Estudiando la naturaleza en la multitud de sus maravillas y la estabilidad de sus leyes, remóntase el espíritu hasta las esferas en que irradia la verdad soberana. Le ha sido menester penetrar secretos, dominar fuerzas, domesticar enemigos que aplica al incremento de su bienestar y de su poderío sobre la tierra. A la vez adquiere ideas, aclara su ley y reivindica liber-

tades. Basta comparar la historia para destruir las paradojas que la misantropía inspiraba á Rousseau. El antiguo que buscaba vaticinios en el vuelo de los pájaros cuando huían de tempestades cercanas, no sólo ignoraba los fenómenos de la electricidad: era también menos libre y menos feliz que la generación de Morse.

Más vivamente percibiréis esta verdad discutiendo en el terreno de las ciencias morales y sociales. Suponed la ignorancia, y plantead esta cuestión, simple pero urgente para todo pueblo, cuyas condiciones históricas le hayan colocado en las vías de la democracia: ¿en qué consiste un gobierno libre? Cuestión insoluble. Y sin embargo, su sencillez teórica no tiene parangón sino con las dificultades positivas que le crían las sociedades inexpertas. Sin relación al agente originario de la soberanía, diría que es libre todo gobierno limitado por principios morales absolutos y consagrados á resguardar derechos primitivos, descritos pero no criados por la ley. Reposo, por consiguiente, la libertad civil sobre nociones científicas del carácter más elevado, á tal punto que, sin un criterio filosófico, la política no puede ultrapasar la altura de un empirismo estéril. Sus fuentes fluyen en la cumbre de los conceptos morales en que se confunden las leyes de la sociedad y las leyes de los individuos. Así que para robustecer la sociedad y emanciparla, no bastan las revoluciones: se requiere doctrinas; no basta la audacia: se necesita la idea directamente recibida del rayo lumi-

noso que nos conduce en la carrera histórica del hombre.

A las ciencias, añadía el *Dogma* la religión. Acertaba; y sólo me detendré en este punto para realzar una contradicción flagrante y significativa en que incurre. El ha preconizado el cristianismo en páginas hermosas que os he recordado ya. En este fragmento insiste, pero añade que si bien el cristianismo debe ser la religión del pueblo, con todo, la filosofía presiente, y anunciaba entonces por boca de Pedro Leroux otra religión más amplia y más racional. Encuentro aquí una sinceridad sospechosa y dos absurdos claros.

Dudó que el acento cristiano del *Dogma* fuera leal, puesto que él duda de la permanencia y de la verdad absoluta del Evangelio. El contagio volteriano se deja sentir;—y juntamente se descubre la raíz del desdén con que sus autores, una vez adueñados del gobierno,—han procedido respecto de los intereses religiosos de la sociedad.

Agrego que hay absurdo en plegarse á las quimeras tan enfáticamente ensalzadas. Pedro Leroux fué uno de los sectarios reformistas de la escuela sansimoniana. Su metafísica cabe en dos palabras en cuanto se relaciona con la moral: el destino del hombre es morir y renacer indefinidamente sobre el mundo: impotente como es para alcanzar la felicidad, su condición actual será eterna y eternamente renovada. Como véis, destruye la responsabilidad y nos sumerge en el

fatalismo. Menos consolador que el dogma índico, niega á los espíritus transformados en la metempsícosis la esperanza de purificarse en sus vidas ulteriores. Borrada la idea de la perfección y del progreso, quedan sin cimientos la libertad y la justicia. Luego, es una aberración palpable presumir en esta filosofía insana, incompatible con el principio democrático, mayores elementos de desarrollo social que en las divinas enseñanzas del Evangelio que engendra el gobierno libre y el gobierno popular, radicando la idea de la justicia sobre estos dos hechos: el albedrío y la responsabilidad del hombre.

Más lógicos que Echeverría y sus contemporáneos eran los maestros de esas visiones disolventes: ellos reducían la organización social á un comunismo estacionario concorde con la doctrina de nuestra miseria incurable, y al despotismo de la ley viva concorde con la negación de la libertad que seguía ineludiblemente de su metafísica.

Por otra parte, el *Dogma* sustentaba el cristianismo como religión del pueblo. No sé si en la distribución de creencias entendía dejar á las altas clases el privilegio de la mentira ó el monopolio de la verdad; pero sí sé que al restaurar este sistema egipcio, arrollaba todos los principios de la igualdad. ¿Qué dejaba de la democracia?

El absurdo es claro é indisculpable. Rechazándole, acojamos lo que es sensato en su racio-

cinio, y añadamos la religión á las ciencias en cuanto él las considera elementos fortificantes y emancipadores del pueblo.

Agregaba algo más: ciencia y religión deben ser encaminadas de acuerdo con las tendencias liberales que trazan nuestra línea política. La fórmula es vaga y puede proteger el error; pero se concilia con la verdad si se le explica y se le entiende bien.

La ciencia coincide en el sentido de una política liberal, en virtud de su expansión, cuando no es el patrimonio de un número escogido por la fortuna que expulsa lejos del huerto cerrado muchedumbres sedientas, ó lo que es peor, muchedumbres perezosas para quienes la luz es como si no existiera: en virtud de su aliento, cuando la anima una inspiración refulgente y pura: la idea espiritualista, porque la ciencia ennoblece á quien descubre á Dios tras de la belleza cósmica y empequeñece á quien se deja enfermar por el materialismo.

Acepto también la fórmula respecto de la religión, pero en un sentido rigurosamente circunscripto. La religión es una doctrina inalterable; forma además una sociedad. Por consecuencia, ni en el dogma cabe reforma ni la Iglesia puede admitir influencias exteriores. Sube y baja la balanza de la riqueza, se transforma la estructura política de los pueblos, se desatan las revoluciones y sucumben los gobiernos; pero en medio de los conflictos y de las sustituciones de lo flamante y de lo vetusto, la

religión, siempre vieja y siempre nueva, permanece inalterable, extraña como es á los intereses de la política, grandiosos sin duda, pero que giran en diversa esfera que los que ella condensa. Aun siendo así, hay afinidades peculiares entre la religión y la democracia, y pueden influenciarse particularmente. La libertad exige una moralidad robusta; luego, el incremento de la religión debe merecer un interés empeñoso de parte de los que quieren consolidarla. Para ser esclavo basta con ser cobarde; para ser libre es necesario ser fiero por la conciencia del deber y de la propia dignidad. Además, la lógica del principio democrático reclama la autonomía de la sociedad religiosa. Á una y otra ley hemos sido refractarios. Omito señalar los resultados de nuestra renitencia. Quien tiene ojos los ve.

Ahora, la verdad en todas sus categorías y la justicia con todos sus influjos, no sólo dominan la razón: obran también sobre la imaginación y la sensibilidad. Como crían las ciencias, engendran el arte. He ahí otro medio de emancipación, en el sentir del *Dogma*. Y lo es en verdad. Cousin suministra magistralmente la prueba: todo entendimiento sincero lo percibe, si tiene idea correcta de lo que es el arte. El arte cuando copia servilmente la naturaleza es excéptico y cínico: abandona lo bello y lo ideal para rendir culto á lo feo y arrastrarse en las bajezas de un realismo procaz. La aspiración culminante del arte es la idealidad y la belle-

za; su regla y su proceder es la interpretación de la naturaleza en la plástica, en el movimiento, en la vida y en lo moral, por el esfuerzo combinado de la sensibilidad, de la imaginación y de la conciencia. Inmovilizando el héroe en el instante sublime ó brillante por medio de la estatuaria: vigorizándole con el colorido de la pintura: expresando modalidades de la sensibilidad y contagiándolas por medio de sonidos simétricos en la música; agotando, por fin, en la poesía las maravillas de este poder reflector y subyugante que se llama el genio artístico cuando esculpe, pinta y canta en una estrofa,— el artista sirve á lo bueno ó á lo malo, á la libertad ó á la esclavitud, á lo puro ó á lo depravado según que desprecia ó que venera la nobleza de su estro <sup>(1)</sup>. De aquí la profunda sabiduría de los que llamaban el arte argentino á su ministerio fortificante.... Sellemos el labio si no queremos que nuestras propias palabras nos amarguen.... Yo no veo el arte argentino; veo en cambio un arte exótico que satura con emanaciones enfermizas y espectáculos innobles una sociedad joven y señalada, sin embargo, con los signos de la caducidad: vejez prematura que nos enerva en la aurora como á los hombres que arrastran su adolescencia en los prostíbulos....

(1) He aquí un punto sobre el cual debería reflexionar maduramente la juventud, pervertida por las idolatrías escolares que, para invocar un ejemplo entre mil, vienen ensalzando y haciendo que los hombres lean hace quinientos años los cuentos del Boccaccio, insulsos cuando no son rastreramente procaces.

Resumida la fórmula del *Dogma*, os he dicho que fué vaga y conviene precisarla.

En efecto, el pueblo no puede ser sabio ni artista en el sentido riguroso de la palabra. Las funciones á que estamos destinados son tan varias como nuestras necesidades: todas son nobles, y los hombres no ocupan distinta escala de mérito, sea cual fuere la tendencia de sus trabajos; pero es evidente que un espíritu incapaz de percibir lo verdadero y lo bello se enerva y filtra su apatía en cuanto se relaciona con él. A otro propósito expuse la extravagancia en que inciden las naciones cuando se ufanan de una civilización efímera resultante de cierta coordinación entre una clase sabia y una masa ignorante. Más claro veréis la inanidad de estas ficciones si las consideráis en su influjo sobre la fuerza moral de un pueblo que aspira al gobierno democrático. Este exige creces intensas é iguales en el carácter de la sociedad, y tanto más lejos estará la sociedad de obtenerlas cuanto más bruscos sean los desniveles en su seno. Desenvolver las ciencias para que iluminen toda mente, fomentar la religión para que moralice todos los corazones, cultivar el arte para levantar todos los espíritus,—es la obra de emancipación democrática correspondiente á la educación popular.

Si la libertad ha de ser sólida, la ley debe ser moderada. Buscar en restricciones legales preservativo contra todas las degeneraciones posibles de la libertad, es sacrificarla por prevenir

sus desarreglos: es una higiene política que atenta contra la vida popular tan enérgicamente como el mal que precave. La última garantía del derecho en los gobiernos libres reside en la inteligencia y en la moralidad comunes. Por otra parte, todo acto electoral es ciego y sus resultados casuales cuando el pueblo no tiene criterio propio bajo el cual dirigirse. Y como fuera de las responsabilidades legales, que no siempre son ni pueden ser efectivas, los funcionarios republicanos tienen una responsabilidad moral, cuyo ministro es la opinión que la hace eficaz y sensible,—ó se ilustra la opinión, ó esta forma de responsabilidad desaparece. Además, conocéis el vasto papel de los partidos en el movimiento social, pero conocéis á la vez sus estragos cuando se hacen omnipotentes, entronizan ideas falsas ó mienten con programas hipócritas; y por lo tanto condenaréis en que la capacidad de pensar y resolverse de cada hombre llamado á influir, más ó menos extensamente en los negocios públicos, es el único poder rectificativo de sus intemperancias, el único que habilita los pueblos para repeler á los que les explotan lisonjeándoles, y delimitar la esfera en que es legítimo que se muevan. Cuando la opinión dormita y pierde celo y severidad, vienen inevitablemente los desórdenes, y con cada desorden una depravación.—Un pueblo es fuerte en la medida de su iniciación en la ciencia, en la religión y en el arte.

De aquí se sigue que la educación popular es un resorte de organización democrática, y resulta bastante luz para fijar las direcciones que debe seguir.

Séame permitido proceder por un método de eliminación.

Vulgarmente se entiende que la educación popular debe limitarse á transmitir ciertos conocimientos rudimentales en la primera edad, y á poner á los niños en contacto con los que piensan por medio de dos artes, la lectura y la escritura. Hay errores para cuya refutación basta enunciarlos. Considerar los fines sociales y políticos de la educación es de sobra para comprender que esa máxima vetusta encierra una ineptia. Nacida en sociedades gerárquicas antes que el derecho hubiera nivelado todas las frentes y que los intereses políticos coincidieran en este punto con los intereses cristianos,—no ha podido internarse hasta la presente altura de nuestro progreso revolucionario, sino amparada por la rutina; pero en virtud de eso mismo choca contra los nobles principios del gobierno libre con toda la altanería del absurdo. Yo no extraño que desdeñe la educación popular quien la circunscribe así, porque entendida en tales límites, ninguna acción podría ejercer sobre la política. Sería un disimulo de la ignorancia, un disfraz de la barbarie; pero la ignorancia y la barbarie, aun desfiguradas, degradan mientras subsisten y corrompen las instituciones que indiscretamente transigen con ellas.